

México: el violento país que AMLO no tiene bajo control

Por JOSÉ LUIS PARDO VEIRAS 12 de mayo de 2019 (*The New York Times*)

CIUDAD DE MÉXICO — El intercambio sobre los datos de homicidios que mantuvieron el periodista [Jorge Ramos](#) y el presidente de México, Andrés Manuel López Obrador, el mes pasado durante una de las conferencias de prensa diarias del mandatario, derivó hacia una importante discusión sobre la libertad de expresión, pero a costa de opacar el tema de fondo: México atraviesa el periodo más violento de su historia moderna. Hace dos años se batió el récord de asesinatos, el año pasado lo superó y las proyecciones para este son que ocurrirá lo mismo.

López Obrador culpó a la estrategia de combatir la violencia con más violencia y a la herencia de corrupción e impunidad, pero [aseguró](#): “Hemos controlado la situación, según nuestros datos”. Es cierto que la herencia es catastrófica: durante los dos últimos gobiernos la tasa de homicidios aumentó a más del doble. Pero es falso que la situación esté controlada. [Alrededor de 2500 personas murieron asesinadas](#) cada mes en los primeros cuatro meses de su gobierno. Con tan poco tiempo en el poder, su afirmación es, además, imposible.

La grandilocuencia de López Obrador no casa nada bien con la violenta realidad de su país. La prudencia de los periodistas que el [presidente elogió con ironía](#) al día siguiente del encuentro con Ramos es algo que haría bien en aplicar a sus propios discursos, sobre todo en temas como el homicidio. Pero aún más importante es que el debate sobre el homicidio debería centrarse en la naturaleza estructural de la violencia antes que en estadísticas.

El asesinato en México es más complejo que la [guerra contra el narcotráfico](#), el eje central de sus antecesores, o que la lucha contra el [huachicoleo](#) —robo de combustible—, una de las apuestas iniciales del gobierno de López Obrador. Y, aunque la corrupción y sobre todo la impunidad sean incentivos

para el asesinato, tampoco lo explican todo. No existen soluciones mágicas, ni siquiera rápidas, porque la violencia en México ya forma parte de su ser.

Hasta ahora la postura de López Obrador ha sido muy similar a combatir la violencia con violencia que critica de sus predecesores. Contra sus promesas de campaña, su plan estrella es una profundización en la lógica militarista que ha contribuido a llevar al país a esta situación: la [creación de la Guardia Nacional](#). [...]

Pero la desmilitarización paulatina de la seguridad pública sumada a la regulación de las drogas tampoco sería suficiente. La violenta realidad mexicana exige leyes para reconocer y proteger a los desplazados, una justicia independiente que investigue las conexiones entre crimen organizado y política, policías capacitados y bien pagados en los que la comunidad pueda confiar y un paquete de medidas sociales a largo plazo para recuperar el campo y a los jóvenes, principales víctimas y victimarios de esta tragedia. Es lógico pensar que solucionar un problema tan estructural llevará más tiempo que los seis años de gobierno de López Obrador, pero su objetivo debería ser poner los cimientos para que algún día cuando un presidente diga “la situación está controlada” haya algo de verdad.